



La vida amputada

Birilo



Primera Edición, Mayo 2018. Ediciones Cucaracha.
Segunda Edición, Enero 2023. Maldita Cucaracha Ediciones.

© Por el texto, *La vida amputada*. Birilo.

© Por la portada, Daniel Darío.

Todos los derechos reservados.

Edición y corrección: María Pachón, Juan Francisco Mateo.

Maquetación: Bernardo Cruz.

Diseño de portada: Daniel Darío.

Depósito Legal: BA-000760-2022

Maldita Cucaracha Ediciones es un contubernio entre Ediciones Cucaracha, el brazo armado con pinceles y lápices del Colectivo Andergrão, y la milicia de la cultura subterránea, Maldita Cultura.

Ediciones Cucaracha
andergraoolivenza@gmail.com

Maldita Cultura
contacto@malditacultura.com
malditacultura.com
@MalditaCultura

Comprendieron que un libro era un laberinto y un desierto. Que lo más importante del mundo era leer y viajar, tal vez la misma cosa, sin detenerse nunca. Que no era más cómodo leer que escribir. Que leyendo se aprendía a dudar y a recordar. Que la memoria era el amor.

Los sinsabores del verdadero policía, R. B.

A la memoria de
Luis Felipe Tovar García

A mi hermano, por su confianza

Primera parte



I

Estaban los Perversos Dehesarios, de la dehesa, de la nuestra. La que pertenece a la intrahistoria. Hubo otros, pero acabaron publicando, y, viviendo, que al final es como si no fueran nuestros, en Madrid, en Barcelona, en New York o en Tánger. Su poesía era un puñetazo en la boca, una patada en el costado. Eran violentos, y tenían una puesta en escena increíble. Su energía te pegaba y acariciaba sin darte cuenta. Como un toro de lidia, o un lince pequeño y solitario.

Germán Yáñez regresaba al pueblo después de cinco años en Kazajstán trabajando de cocinero. Parecía que se fuera a romper en cualquier momento. Con el rictus siempre serio y unos ojos negros e intensos, desorbitados, enganchado al Orfidal. Había leído su única novela y pensaba publicarla en lo que sería mi editorial. Ya andaba inmerso en su planificación, moviendo hilos y buscando financiación por cualquier lado. Tenía una lista con los escritores que conocía y los que me podían ceder sus obras para que se las publicara.

Su obra transcurría en una noche durante la cual, una serie de personajes se reunía para celebrar algo

en un chalet de lujo. Se sucedían algunos episodios surrealistas, o por lo menos eso fue lo que yo entendí. Me dio una ligera semejanza a *El ángel exterminador* de Buñuel. Se lo dije. Él me contestó que era imposible porque no había visto ninguna película de Buñuel, y me retó afirmando que su obra era original. No me interesaba discutir ni enfadarme con él. Decidí preguntar entonces, para relajar el ambiente, qué estaba escribiendo. Me dijo que poesía, que componía sonetos alejandrinos de tema bucólico. Leí algunos pero no entendí nada.

Mi intención con la editorial era abarcar un abanico de géneros. A los Perversos en poesía, lo primero. Y después de una borrachera y medio pollo que pillamos al nuevo camello del pueblo, cerramos un trato para publicar su obra. Aparte de ellos, que por otro lado, eran los mejores, y de Yáñez, también había contactado con una antigua novia de la adolescencia que me puso los cuernos a cara descubierta. Estos temas eran superiores, temas de alta cultura. Tenía que dejarme de tonterías y sentimentalismos de pubertos e ir como un oso a por lo que importaba: su obra de relatos.

Utilizaba un seudónimo medio japonés medio guatemalteco, Avellina Woko. Y para ser del todo sincero, me seguía excitando, y ella lo sabía. Cuando la llamé por teléfono, le extrañó que la invitase a cenar. Dijo que lo nuestro había terminado hacía tiempo y que sentía cómo se había comportado, pero que la entendiera, en

esa época era muy joven. También dijo algunas cosas sobre el tiempo, sobre una relación que parecía una cosa pero era otra, y algo sobre la muerte de un gato negro llamado Espinacas. Yo me despedí con unos versos de Vallejo, o serán los heraldos negros que nos manda la muerte. Un poco estúpido por mi parte.

Por un momento parecimos amigos.

Fue un viernes por la noche. Unos vinos y unas tapas silenciosas. Al principio, silenciosas. Es raro volver a hablar con gente de tu pasado. Te sientes una gallina a la que se le queda un huevo a medio camino. Igual que darle un buche a una cerveza en la que un colega dejó caer la ceniza de su puro. Extraño, por utilizar un adjetivo y no un verbo.

Sentí como si me deslizara por calles poco iluminadas; calles de ciudades latinoamericanas, largas y anchas, con pequeños supermercados con cajas de fruta en la entrada, motocicletas aparcadas en la puerta y gente bebiendo refrescos en pequeñas botellas de plástico.

Woko dijo que ya no escribía y que pensaba marcharse a Madrid. Tenía una entrevista de trabajo en una empresa de publicidad y las cartas le eran favorables. Había cambiado la creación al viento por la creación remunerada. Una manera diferente de encarar el arte, puntualizó. Yo le dije que la publicidad nunca sería arte; ni siquiera, hija del arte; ni siquiera, nieta del arte. Quizás, una prima lejana que había nacido en

Asunción y que nunca había visto. Después, me sentí muy triste y desgraciado, al igual que un alcohólico en un domingo por la mañana, antes de pegarle el primer trago a la cerveza. Pensé en un viejo arrastrando una maleta por un camino lleno de polvo. En estaciones de trenes en la madrugada. Pensé en cementerios con hermosos mausoleos y arrugadas ancianas como daguerrotipos con flores en las manos. Y en un joven argelino, con los ojos llenos de sangre, degollando a un soldado francés en la década de los sesenta. Pero la razón de mi tristeza residía en que las personas a las que quería —o alguna vez había querido— se esfumaban. Eso en general. En particular, que Woko hubiese dejado de escribir como se deja un jersey con las mangas rotas en el último cajón de un armario. Y desgraciado, porque cuando le comenté mi deseo de publicar su obra, su risa me pareció la de una comadreja vieja y con dentadura afilada.

Esa noche, cuando llegué a casa, tomé entre mis manos el borrador que un día me regaló. Leí la dedicatoria: *«Para Juan Francisco Mateo: somos jóvenes, ahora, algún día ya no lo seremos y entonces algo habremos dejado por el camino, aunque sea una mueca, una firma, una sombra»*. Y debajo:

«Try!

Por lo menos una vez».

Al día siguiente, cogí el manuscrito de Woko y salí hacia su casa. No sabía qué le iba a decir; no sabía muy

bien por qué me comportaba así. Debía entender a las personas que dejan de escribir y se dedican a otros asuntos; no todo el mundo alberga una concepción romántica de la literatura. Pero no me imaginaba a Woko escribiendo guiones para anuncios de productos de limpieza ni de bebidas energéticas. Tampoco formando parte de un gabinete que utiliza conceptos como competitividad, marketing agresivo, cartera de clientes y demás palabras usadas por personas que combinan zapatillas con traje. Y lo peor de todo, lo que me golpeaba por dentro y hacía que me entraran ganas de llorar, era que sus relatos contaban con una calidad literaria asombrosa, y que si seguía limando el muro, es decir, conquistando lo más difícil en literatura que es el estilo, una voz propia, se convertiría en una buena escritora.

Todo esto lo pensaba mientras caminaba con prisa por la avenida principal, hasta que me di cuenta de que no merecía la pena. No, claro que no. ¿Para qué intentar que cambiara de opinión? De pronto me quedé quieto, y una idea mucho menos lastimosa que irrumpir en la casa de una novia de adolescencia con unos manuscritos en la mano, apareció con furia. Sí, era menos lastimosa, pero sólo un poco: la obra no estaba registrada. Ella se había reído cuando le comenté que quería publicarla; quizás no lo hiciera tanto cuando la descubriera publicada con otro nombre.

Es increíble cómo la vida toma un cariz diferente en un instante. De pronto, se me aflojaron las entrañas y las vísceras, el ritmo cardíaco volvió a una cadencia más acompasada, y me di cuenta de que la obra me pertenecía y había que intentarlo, pero no una, ¿quién en su sano juicio puede intentarlo una sola vez? ¡Una sola! Había que intentarlo por lo menos veintitrés o ciento cuatro o doscientas quince veces.

Tenía que seguir buscando a mis escritores, que por ahora eran pocos, hay que decirlo; pero incluso sin ser muchos, algo centelleaba entre sus líneas. Era entonces cuando la literatura semejaba a un partido de fútbol, momentos en los que el balón está parado y los jugadores se abrochan los cordones o escupen o hablan entre ellos o se insultan (entre los delanteros y los centrales suele suceder), o se acercan a la banda a beber un poco de agua o miran al cielo y hablan para sí, implorando a alguna deidad que les ayude a dar la vuelta al marcador, al igual que los guerreros griegos (porque el fútbol también puede ser una batalla o una revolución —cuando gana el equipo pequeño— o un asesinato rápido y veloz), y momentos en los que todo explota como una torre de alto voltaje, al igual que una frase puede hacer explotar todo un párrafo.

Más tranquilo, entré en el bar del Miguelito a desayunar y cuando me estaba calentando la leche para el café, aprovechando que no había nadie más, le pregunté por su obra. Sabía que no le gustaba que

fuese comentando esas cosas por ahí, que se supiera que escribía, y yo lo entendía. Ya era difícil aguantar las bromas de los parroquianos, como para alentarles con noticias sobre sus secretos literarios. El Miguelito era un tío pesimista a cara descubierta, y según me dijo una noche, la novela en la que estaba trabajando narraba la vida de una mujer que se consume en alcohol porque no tiene fuerzas para suicidarse. La razón última radica en la promesa que un día realiza a su madre en el velorio de su único hermano: se colgó de una encina. La trama gira en torno a los dilemas (muchos de ellos casi monólogos) de la protagonista, que busca motivos para poner fin a su vida, pero que siempre son truncados por la promesa a su madre. Aunque aún no sabía el título, uno de los que barajaba podía ser *Soledades de anís y vino*.

Después de desayunar, escribí en una servilleta la lista de los libros que iba a publicar:

Perversos dehesarios. 'Ligero como el oro de Moctezuma'.

Germán Yáñez. 'Maquiladoras'.

Avelina Woko. (¿Avelina Negro? ¿Amparo Malo? ¿Dulce Salgado?). 'Relatos robados a traición'.

Miguel McFlannagan. 'Soledades de anís y vino'.

Gracias por su visita.